

# LA VARIACIÓN LINGÜÍSTICA

FRANCISCO ABAD

## 1. *Caracteres del lenguaje*

Como es sabido ha llegado a decirse que existen dos grupos de lingüistas: los de un grupo A que subrayan la relevancia de la diversidad dialectal, y los de otro grupo B que tienen por objeto de estudio una comunidad hablante considerada monolingüe y homogénea; Schuchardt se encontraría entre los primeros y por ejemplo Chomsky entre los segundos <sup>1</sup>. Desde luego estamos ante una simplificación de los hechos, pero simplificación que encierra algo verdadero; los estudiosos pueden resultar más atentos al carácter sistemático del lenguaje, o bien a su diversificación interior: el idioma está asentado en hablantes histórica y socialmente definidos, y de ahí resulta que las formas idiomáticas asimismo tengan una definición social, histórica, etc. En términos generales puede decirse efectivamente que los lingüistas se encuentran abiertos en mayor grado bien a los aspectos sistemáticos y sincrónicos de la lengua, bien a los diacrónicos y dialectales.

Las lenguas humanas poseen entre sus caracteres o atributos el de ser códigos estructurados: se sabe bien que estamos ante estructuraciones de formas opositivas o de «valores» puros; nos encontramos —mantenían las conocidas palabras saussureanas— «en el terreno limítrofe donde los

---

<sup>1</sup> Cf. William Labov, *Modelos sociolingüísticos*, trad. cast., Madrid, Cátedra, 1983, págs. 326 y sigs.

elementos de dos órdenes se combinan» en una combinación que «produce una forma, no una sustancia»<sup>2</sup>. Además de estructuradas, las lenguas se caracterizan por su uso contextual: los actos de habla se llevan a cabo en una situación, entre hablantes de identidad determinada y que llevan consigo una historia personal, sobre una determinada temática, etc.; al reflexionar sobre ello, Peter Strawson proclamó hace ya bastantes años cómo «el contexto de emisión es de una importancia casi imposible de exagerar»<sup>3</sup>.

David Gordon y George Lakoff se han referido asimismo a los «postulados conversatorios» que están vigentes según los contextos de emisión<sup>4</sup>; en definitiva se trata de que hacemos un uso contextual de los códigos lingüísticos y de que por tanto pertenece a la esencia de las lenguas este empleo contextual lo mismo que su carácter estructurado.

No obstante el rasgo idiomático al que queremos referirnos aquí es el de la diferenciación interior de las lenguas; si efectivamente los estudiosos pertenecen por su sensibilidad a un grupo A o a otro B —según ha esquematizado Labov—, nosotros nos sentimos más próximos al A: creemos fundamental subrayar la complejidad interna del instrumento lingüístico, su dialectalidad o diversificación. Por supuesto unos hablantes se entienden con otros merced a que comparten la uniformidad estructural de la lengua, a que conocen y saben hacer empleo de los postulados conversatorios, etc., pero a la vez el idioma se halla siempre diversificado. La dialectalidad es otra de las características del lenguaje humano, y lo define al igual que su índole estructural.

El estudioso difícilmente se podrá hacer cargo tanto de lo sistemático y sincrónico de la lengua como de su dimensión diacrónica y dialectal, pero la realidad empírica de los hechos obliga por lo menos a no negarlos, a saber que existen aunque uno los desatienda. Según hemos dicho nuestra sensibilidad y vocación nos llevan a destacar sobre todo la dialectalidad interna del sistema, el verdadero «diasistema» en que consiste cualquier lengua humana: de ello vamos a tratar.

<sup>2</sup> Ferdinand de Saussure, *Curso de lingüística general*, trad. de Amado Alonso, Buenos Aires, Losada, 1981<sup>21</sup>, págs. 191 y sigs. Las ideas de «forma» y «sustancia» en el lenguaje y particularmente la de «forma del contenido», resultan a veces mal entendidas incluso en manuales o monografías de altura.

<sup>3</sup> P. F. Strawson, *Ensayos lógico-lingüísticos*, trad. esp., Madrid, Tecnos, 1983, pág. 30.

<sup>4</sup> Vid. sobre todo la «Parte sexta» de la compilación de Víctor Sánchez de Zavala, *Semántica y sintaxis en la lingüística transformatoria*, Madrid, Alianza, 1976, págs. 365 y sigs.

## 2. *Implantación de la Dialectología; Rufino José Cuervo*

La crítica considera que es hacia las décadas últimas del siglo XVIII cuando surge la Dialectología propiamente como materia; hace ya tiempo Ángel del Río dedicó unos párrafos a «El estudio de los dialectos en el siglo XVIII»<sup>5</sup>, y luego Sever Pop ha dicho a la letra en su gran tratado:

C'est seulement à la fin du XVIII<sup>e</sup> siècle que les dialectes ont retenu d'une manière constante l'attention des linguistes; auparavant, les recherches portaient principalement sur le problème de la formation des langues littéraires et de l'évolution du langage<sup>6</sup>.

En efecto el Setecientos sistematiza, por ejemplo, la historiografía literaria y asimismo supone el surgir monográfico de los estudios dialectales<sup>7</sup>; entre nosotros contamos con las figuras conocidas de Fray Martín Sarmiento y de Jovellanos<sup>8</sup>.

Sarmiento se preocupaba por las palabras y por las cosas, y esta doble atención la proponía como programa:

Dos cosas entran en una completa etimología —dice—: la historia cronológica de la voz y sus traslaciones metafóricas. Y la historia de la cosa y de sus propiedades. Esto es lo más útil en las etimologías<sup>9</sup>.

De manera análoga Jovellanos proclamó también que el estudio del origen de las palabras puede llevarnos al conocimiento del origen de las cosas; en el «Apuntamiento sobre el dialecto de Asturias» manifestó en particular que «las palabras entran en todas partes con las cosas o las ideas que representan»<sup>10</sup>.

<sup>5</sup> Es el primero de los epígrafes de su artículo «Los estudios de Jovellanos sobre el dialecto de Asturias. Notas acerca de la dialectología en el siglo XVIII», *RFH* 5, 1943, págs. 209-243.

<sup>6</sup> S. Pop, *La Dialectologie*, Lovaina, s. a., I, pág. XXIII.

<sup>7</sup> Cf. desde una perspectiva más amplia F. Abad, «La constitución de las ciencias humanas en el siglo XVIII español», en *Actas del Congreso internacional sobre «Carlos III y la Ilustración»*, Madrid, Ministerio de Cultura, 1990, III, págs. 461-474.

<sup>8</sup> Alguna vez se ha hablado de la ausencia de estos estudios dialectales en el XVIII, pero los hechos desmienten la afirmación: es justamente el siglo en el que se constituyen con carácter monográfico.

<sup>9</sup> «Escritos filológicos del padre Sarmiento», *BRAE* 17, 1930, págs. 721 y sigs.; pág. 736.

<sup>10</sup> «Apuntamiento...», *Obras de D. Gaspar Melchor de Jovellanos*, I, Madrid, 1858 (BAE), págs. 343-349.

El hecho de la variación diacrónico-dialectal fue conocido y tenido en cuenta por nuestros dos autores; luego en el XIX Rufino Cuervo y ya en nuestro siglo Menéndez Pidal, Amado Alonso y Tomás Navarro Tomás han llevado a cabo y han promovido a su vez los estudios dialectales (y diacrónicos).

Coetáneo de Cuervo fue Hugo Schuchardt. A una generación siguiente pertenecieron el abate Rousselot y Saussure; a la siguiente Menéndez Pidal y Vossler. Éstos y otros nombres hemos de considerarlos al hacernos cargo de la teoría de la variación lingüística. Schuchardt manifestaba que dentro de una comunidad idiomática encontramos muchas variaciones en el hablar debidas a la cultura, la edad, el sexo, etc., de los hablantes, y que en realidad (lo decimos con palabras nuestras) el producto idiomático lleva en sí una mezcla de esas variaciones que se producen en el seno de la comunidad; el idioma constituye por tanto un *continuum*<sup>11</sup>. Además Schuchardt postuló el estudio conjunto de la cultura y de la lengua:

en relación con la palabra —concretaba—, la cosa es el elemento primario...; la palabra está ligada a ella<sup>12</sup>.

Tenemos en Hugo Schuchardt por tanto a un estudioso egregio que supo ver bien la diversificación que los factores históricos, sociales y culturales producen en la comunidad hablante, y el entrecruzamiento y mezcla de isoglosas que constituye tal comunidad; la complejidad de las situaciones lingüísticas reales no escapó a nuestro autor, quien las proclamó memorablemente<sup>13</sup>. Su casi coetáneo Rufino José Cuervo quedaba constituido a la vez como el descubridor lingüístico del español de América; Cuervo remitía a Schuchardt en la apreciación teórica del lenguaje, y pudo escribir de esta manera en 1886 un párrafo relevante en el que advierte la incidencia de la historia y la libertad humanas en la diacronía del idioma:

<sup>11</sup> Vid. Iorgu Iordan, *Lingüística Románica*, Madrid, Alcalá, 1967, págs. 48 y sigs.

<sup>12</sup> Pasaje recogido *ibid.*, pág. 110.

<sup>13</sup> Comp. Américo Castro, *Lengua, enseñanza y literatura*, Madrid, V. Suárez, 1924, págs. 155-170: «Hugo Schuchardt». Manuel Alvar escribe por su parte: «Precisamente el concepto de *mezcla* inherente a todo lenguaje había sido captado con toda lucidez por Schuchardt...: no hay sistema que no sea resultado del mestizaje lingüístico»; vid. *Tendencias de la lingüística actual*, Universidad Autónoma de Madrid, 1969, págs. 17-18.

Si verdaderamente fuese el lenguaje —dice un todavía joven Rufino José— un organismo independiente del hombre y regido por leyes ineludibles como las que vemos en el mundo físico, según algunos lo han imaginado, sería más hacedero seguir el movimiento de las lenguas en dirección ascendente y atinar con sus orígenes. Pero el lenguaje es cualidad del hombre; y siendo elemento a un mismo tiempo y producto de la sociabilidad humana, instrumento de una voluntad libre y de una razón inteligente, está expuesto a muy varias influencias que ora apresuran ora retardan o detienen los cambios de la parte que en él lleva carácter material, o introducen otros inesperados <sup>14</sup>.

Cuervo expresa su disconformidad con los neogramáticos y con la que denomina «inflexibilidad de las leyes fonéticas» que ellos postulan; la lengua empero —es su estimación— deriva del carácter social del ser humano y de su libertad, y el cambio idiomático depende por tanto también de los factores humanos. Según decimos el autor colombiano hace referencia expresa a Hugo Schuchardt y de hecho parece compartir con él un mismo fondo de ideas sobre la lengua: el instrumento comunicativo no posee sólo «carácter material» sino que obedece a la historia humana y a la libertad de los hombres.

Dada esta índole sociológica que tiene el idioma surge en el mismo su diastratía <sup>15</sup>; Cuervo distingue en consecuencia «el lenguaje popular común», «el lenguaje literario y erudito», y «el lenguaje vulgar», también llamados por él lenguajes «familiar», «elevado» y «vulgar» respectivamente <sup>16</sup>. Se trata —dice a la letra— de «corrientes dialécticas», o sea, dialectales: Rufino José siempre percibió la variabilidad social interior del idioma, y de hecho empezó muy joven sus *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano* que son inicialmente (según se ha expuesto) un libro dedicado a «correcciones de lenguaje» <sup>17</sup>.

<sup>14</sup> R. J. Cuervo, *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana*, nueva ed., Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1953, I, pág. XXIII.

<sup>15</sup> Comp. Vicente García de Diego, *Manual de Dialectología española*, Madrid, Cultura Hispánica, 1978<sup>3</sup>, págs. 369-377: «Dialectos internos verticales».

<sup>16</sup> *Diccionario...*, pág. XXX y pág. XXXI.

<sup>17</sup> Cf. las detalladas monografías de Guillermo L. Guitarte «El camino de Cuervo al español de América», *Philologica hispaniensa in honorem Manuel Alvar*, I, Madrid, Gredos, 1983, págs. 243-318, y «Del español de España al español de veinte naciones: la integración de América al concepto de lengua española», en *Actas del III Congreso internacional de «El español de América»*, Valladolid-Salamanca, Junta de Castilla y León, 1991, I, págs. 65-86.

Cuervo establece asimismo lúcidamente que el cambio idiomático arranca de una iniciativa individual que luego se consolidará en el espacio y en el tiempo: con palabras propias, se anticipa a lo que luego de manera más clara y explícita va a decir Menéndez Pidal.

Todo uso nuevo —manifiesta— se origina en la iniciativa individual; pero no todo lo nuevo logra aquella aceptación que es prenda de vida duradera... Aquellas formas [testimoniadas por el *Appendix ad Probi*] se tomaron después por norma, y extendiéndose en el tiempo y en el espacio, produjeron... las lenguas que hoy hablamos... Estudiando la nuestra en sus primeros monumentos,... ora las distintas localidades, ora las variaciones dialécticas,... producen aquella multiplicidad de formas que sólo va desapareciendo a medida que... al afianzarse la unidad política de la nación y al extenderse hasta sus miembros más lejanos el gusto dominante en el centro no sólo por la acción del gobierno sino por la más reguladora de la literatura, se fija la lengua <sup>18</sup>.

Nos encontramos ante un precioso párrafo: el autor indica en el mismo cómo todo uso o norma nuevos se han originado en la acción individual, y cómo tal iniciativa se ha propagado luego espacial y temporalmente. En el caso particular de la lengua castellan apunta Cuervo que en la época de orígenes se dio una variación dialectal y por tanto una multiplicidad de formas —una suma de acciones individuales, diríamos—, y que esa multiplicidad se redujo luego a mayor uniformidad merced a la literatura y a la unidad política; la unidad histórico-política más la acción de la lengua de la literatura han uniformado pues la primitiva disparidad dialectal y han dado lugar a la lengua castellana.

Como decimos estas consideraciones de Rufino José se adelantan a lo que años más tarde enunciaría Menéndez Pidal, quien sin duda las asimiló y reformuló de manera más concreta y rigurosa; por la capacidad de trabajo y por la entrega al trabajo más por su penetración teórica, la figura de Cuervo es la de un gigante.

El filólogo colombiano escribe asimismo que «el fondo de la lengua [es] un sistema tradicional», y que en tal fondo tradicional si el autor de una innovación halla imitadores, entonces «ve... extenderse por todas partes su invento» <sup>19</sup>: todo idioma consiste en una estructura tradicional,

<sup>18</sup> *Diccionario de construcción...*, págs. XXXV-XXXVI.

<sup>19</sup> *Ibid.*, pág. XXXVII.

y la innovación que resulte feliz en el contexto de esa estructura probablemente encontrará imitadores y se impondrá en tanto un cambio lingüístico. El razonamiento que acabamos de glosar resulta irreprochable, y otra vez hemos de decir que se encuentra en el inicio del que habría de hacer Menéndez Pidal pasados los años.

Estimulado por Hugo Schuchardt el filólogo colombiano proclama la libertad humana y el carácter social del hombre que se manifiestan en los usos lingüísticos, así como el hecho de la iniciativa individual que al operar adecuadamente sobre la estructura tradicional de la lengua da lugar al cambio idiomático: estamos ante una teorización aguda y penetrante que Rufino José exponía en 1886 y que se ajusta a la realidad empírica. Es la misma que mantuvo Menéndez Pidal y que podemos mantener hoy con razón.

Además Cuervo se refirió en 1901 —por ejemplo— a los caracteres dialectales de la lengua en América: expuso cómo «toda la Península dio su contingente a la población de América», y describió hechos como el de las asimilaciones que llevan a *refalar* por *resbalar*, *dijusto* por *disgusto*, etc.<sup>20</sup>

### 3. Saussure: los «caractères dialectales»

Rousselot y Ferdinand de Saussure pertenecen a una misma generación europea de estudiosos: el abate Rousselot ilustró —según bien se sabe— cómo el habla se encuentra escindida en el seno de una misma familia en dependencia de los factores de la edad, el sexo, la ocupación,...<sup>21</sup> Estamos por tanto ante el hecho de que toda comunidad (incluso con sus miembros próximos y solidarios) muestra una diferenciación en la lengua, ya que el idioma nunca es igual de hablante a hablante; por supuesto tal idioma es suficientemente igual como para que exista intercomprensión, pero se distingue de acuerdo con la identidad social de cada miembro del grupo de que se trate.

La lengua posee por su propia naturaleza comunitaria y sociológica un equilibrio siempre inestable: consiste en una tensión estructural de formas, pero esas formas no se encuentran uniformemente distribuidas

<sup>20</sup> R. J. Cuervo, «El castellano en América», *Bulletin Hispanique* 3, 1901, págs. 35-62.

<sup>21</sup> Jordan, *ob. cit.*, pág. 56.

ni tampoco son por completo las mismas en el todo del mismo idioma. Lengua significa uniformidad de estructura, pero también diferenciación y complejidad e interpenetración de rasgos; el relieve histórico del abate Rousselot está en haber probado las variaciones del habla de una misma familia: no hay efectivamente comunidad de hablantes que no resulte diversificada y compleja <sup>22</sup>.

Las observaciones que hizo al respecto Saussure han pasado más inadvertidas: en efecto rara vez a propósito de estas cuestiones surge su nombre, cuando la verdad es que un indoeuropeísta como él no podía dejar de atender a las realidades de la «lingüística geográfica». El autor ginebrino diferenciaba por ejemplo las lenguas de los dialectos, viendo entre ellos un continuo:

Los idiomas que no divergen —proclamaba— más que en un grado muy débil se llaman *dialectos*... Entre dialecto y lengua hay una diferencia de cantidad, no de naturaleza <sup>23</sup>;

los dialectos se hacen lenguas (es uno de los motivos) porque producen «una literatura» <sup>24</sup>.

Saussure ve por tanto un continuo en cuanto a naturaleza entre el dialecto y la lengua, y de modo irreprochable establece que el primero tiene un grado de diferenciación respecto a una lengua; asimismo establece que las lenguas constituyen vehículos de la literatura y poseen pues una tradición literaria de notable densidad. En el maestro ginebrino encontramos una caracterización de en qué consisten las lenguas y los dialectos ajustada empíricamente, y que es en realidad la que luego se ha continuado <sup>25</sup>.

Tampoco escapó a Saussure la complejidad diacrónica que adquiere un código dialectal cuando se ha hecho la lengua común y oficial: al dialecto privilegiado —decía— «se le mezclan elementos dialectales de otras regiones; se hace cada vez más complejo» <sup>26</sup>; se trata en efecto de que al ir haciéndose diacrónicamente toda lengua acaba por consistir

<sup>22</sup> Cf. S. Pop, *ob. cit.*, I, págs. 307 y sigs.

<sup>23</sup> *Curso de lingüística general*, pág. 308.

<sup>24</sup> *Ibid.*, pág. 324.

<sup>25</sup> Cf. Francisco Abad, *Nueve conceptos fundamentales para los estudios filológicos*, Madrid, Editorial de la UNED, 1992, cuyo cap. IV está dedicado en particular al concepto de «Dialecto».

<sup>26</sup> *Curso de lingüística general*, pág. 312.

en un «complejo dialectal» como resultado de la mezcla de las hablas.

Para el caso castellano sabido es que fue Vicente García de Diego quien, acaso asegurando sus ideas en Saussure, propuso e ilustró la fórmula de que nuestra lengua consiste en un «complejo dialectal» de «dialectos internos»; la lengua española resulta así rica en dialectalismos:

el castellano (expresa nuestro autor), al instalarse en zonas nuevas,...  
da... el mismo valor de oficialidad a los elementos provinciales <sup>27</sup>.

Diacronía y dialectología aparecen como inescindibles por la misma fuerza de los hechos: Saussure lo proclamó al afirmar que las lenguas, en su historia, pueden llegar a consistir en una mezcla de caracteres dialectales que se han ido incorporando y amalgamando; entre nosotros esta concepción la ha mantenido particularmente García de Diego, y Dámaso Alonso ha dicho por su parte que se trata de una interpretación «muy esclarecedora» <sup>28</sup>. A su vez Rafael Lapesa ha recordado cómo el curso «de Dialectología hispánica, perteneciente a mi cátedra», lo dio durante años el propio don Vicente García de Diego en calidad de encargado de curso <sup>29</sup>; en la investigación y en la enseñanza aparecen por tanto unidas la diacronía y la dialectología: esta unicidad ya la vio Saussure por ejemplo, y responde a la propia consistencia empírica de los hechos.

El maestro ginebrino insistió en la «Cuarta Parte» del *Curso...* en la diferenciación espacial interior que se cumple en el dominio de una lengua: ocurre entonces que los límites dialectales «se entrecruzan» y se producen «combinaciones extremadamente complicadas». Las cosas son así ya que no hay propiamente dialectos sino caracteres dialectales: «no hay más que caracteres dialectales —manifiesta a la letra Saussure—, ...no hay dialectos» <sup>30</sup>; quiere decirse con esto que la fragmentación interior de la lengua es tal, que ella no existe sino como un *continuum* de caracteres dialectales entremezclados. La lengua es en uno de sus aspectos pura diferenciación interna, amalgama o complejo de caracteres dialectales que la diversifican: estamos siempre ante un diasistema. Como han dicho los

<sup>27</sup> V. García de Diego, «El castellano como complejo dialectal y sus dialectos internos», *RFE* 34, 1950, págs. 107-124.

<sup>28</sup> D. Alonso, «La obra lingüística de García de Diego», *BRAE* 48, 1968, págs. 373-386: pág. 383.

<sup>29</sup> R. Lapesa, «Don Vicente García de Diego, maestro», *BRAE* 59, 1979, págs. 7-11: pág. 11.

<sup>30</sup> *Curso...*, págs. 317 y sigs.

estudiosos más de una vez, las ideas de dialectalidad, de diferenciación y de diasistema vienen a ser lo mismo.

#### 4. *Sincronía y diacronía*

Menéndez Pidal, Vossler, etc., fueron autores más jóvenes que se mantuvieron atentos asimismo a los problemas de la variación lingüística y el cambio idiomático a que puede dar lugar tal variación. Vossler en particular percibió bien cómo todo cambio se origina por una innovación individual, y esa variabilidad puede llegar a extenderse primero por un dominio parcial de la comunidad y luego hacerse más general: entonces se está ante el cambio propiamente dicho; Vossler manifestaba a la letra:

Mucho tiempo antes de que un cambio fonético se haga general, es decir regular, ha sido una aislada variante individual... La variante individual llega a convertirse lentamente en variante dialectal hasta que al fin se introduce en una más amplia comunidad lingüística y pasa por «ley»<sup>31</sup>.

La variación lingüística surge en el individuo, y más tarde puede extenderse a grupos sociales más extensos hasta que, si se estabiliza en una de las comunidades de las que forman el total de los hablantes, da lugar a que se haya producido un cambio lingüístico; la variación sincrónica y la difusión diacrónica forman parte del mismo proceso, cuya unicidad es patente. En la realidad empírica del lenguaje sincronía y diacronía se hallan fundidas, aunque la mayor parte de los hablantes no tengan conciencia de ello; sincronía y diacronía responden a la variabilidad esencial en que en cada momento se encuentra todo código idiomático<sup>32</sup>.

Un caso particular de innovación idiomática es el del autor literario: Vinogradov por ejemplo pedía que entonces se analizase la acción de

<sup>31</sup> Karl Vossler, *Positivismo e idealismo en la lingüística. El lenguaje como creación y evolución*, trad. esp., Madrid, Poblet, 1929, pág. 84.

<sup>32</sup> Alonso Zamora se hacía eco de Vossler al decir: «Es imprescindible el estudio histórico de la lengua... El positivismo como método no puede ser superado. Está fuera de lugar en el campo de la ciencia del Lenguaje el positivismo metafísico, es decir, el positivismo como objeto mismo de la Lingüística. Pero el metodológico es escalón imprescindible para la consecución de ulteriores resultados idealistas». Cf. A. Zamora Vicente, «Sobre la enseñanza de la lengua y literatura nacionales», *Revista Nacional de Educación*, Diciembre de 1943, págs. 83 y sigs.: pág. 88.

las obras poéticas en cuanto indujesen a nuevas formas lingüísticas<sup>33</sup>. Otros formalistas —Tinianov y Jakobson— insistieron por su parte en la dinamicidad que supone cada sincronía; la sincronía queda concebida así como un estado de equilibrio inestable:

El sincronismo puro (son las palabras de nuestros autores) se presenta ahora como una ilusión: cada sistema sincrónico contiene su pasado y su porvenir como elementos estructurales inseparables<sup>34</sup>.

Aunque los hablantes casi no se den cuenta de ello o no se den en absoluto, en cierto grado lo sincrónico y lo diacrónico coexisten siempre en la lengua. Nada existe fuera de la historia ni de las sociedades, y el lenguaje lleva en sí siempre las dependencias de la historia y de la ordenación social; esas dependencias son las que dan lugar a la variabilidad y el cambio idiomáticos.

Al pasar de los años Jakobson insistió en distintas ocasiones en el carácter diversificado y por tanto complejo de cualquier estado de lengua; por ejemplo manifestó:

La uniformidad del código «sensiblemente idéntico» para todos los miembros de una comunidad lingüística... no es sino una ficción engañosa; normalmente todo individuo pertenece simultáneamente a varias comunidades lingüísticas... Todo código general es multiforme [...] El principio y el final de todo proceso de mutación coexisten en la sincronía y pertenecen a dos subcódigos diferentes de la misma lengua<sup>35</sup>.

Toda lengua histórica —la española en nuestro caso— consiste siempre en ser un código diversificado y por lo tanto multiforme: en la lengua global puede darse pues el caso de que coexistan el término inicial y el final de un cambio idiomático. La perspectiva literaria y folclórica de Roman Jakobson ha hecho a este autor no caer en simplificaciones respecto de tampoco el lenguaje: la lengua es dialectalidad y es historia, y así lo veía él<sup>36</sup>.

<sup>33</sup> V. V. Vinogradov, «Sobre la tarea de la estilística», en T. Todorov, ed., *Teoría de la literatura de los formalistas rusos*, trad. esp., Buenos Aires, 1970, págs. 81-84.

<sup>34</sup> J. Tinianov-R. Jakobson, «Problemas de los estudios literarios y lingüísticos», en T. Todorov, ed., *ob. cit.*, págs. 103-105: pág. 104.

<sup>35</sup> Roman Jakobson, *Obras Selectas*, I, Madrid, Gredos, 1988, págs. 254 y 256.

<sup>36</sup> Una exposición panorámica acerca de «Los estudios de Geografía lingüística» hizo Antoni Grieria en el *Curso de Lingüística* editado por la Sociedad de Estudios Vascos: San Sebastián, 1921, págs. 72-91.

### 5. «Dialectología sincrónica»

En su *Curso de lingüística moderna*, Charles F. Hockett estableció bien como doctrina general que la llamada «lingüística descriptiva» debía prolongarse en una «dialectología sincrónica» atenta a «las diferencias de hábitos lingüísticos entre individuos y entre grupos de individuos»<sup>37</sup>; en realidad esta actitud investigadora había sido puesta de manifiesto ya por Uriel Weinreich en varios escritos suyos muy bellos: por ejemplo *Lenguas en contacto* enunció que los cambios idiomáticos «casi siempre son precedidos por un bilingüismo muy extendido», lo que quiere decir que la complejidad del hablar hace que distintas formas lingüísticas coexistan amplio tiempo aunque a veces unas acaben por desplazar a otras<sup>38</sup>.

El sentido de las investigaciones de Weinreich y de su discípulo William Labov fue —como el segundo de ellos ha dicho— el de dar con una lingüística «racional y realista»<sup>39</sup>: en efecto la realidad empírica de los idiomas muestra su diferenciación interna, y alejarse del análisis de tal consistencia empírica supone perder adecuación científica; además este análisis dialectal sincrónico revela la racionalidad de la vida, las reales razones histórico-sociales por las que ocurren los hechos lingüísticos.

No hace muchos años, en sus Conferencias de Managua, Noam Chomsky ha reconocido a propósito precisamente de nuestra lengua patrimonial que existen «dialectos del español» que son «lenguas distintas pero muy parecidas entre sí»<sup>40</sup>; estamos sin duda ante un cambio teórico de importancia en el autor, quien a la vez que en hablantes idealizados piensa ahora en la real fragmentación dialectal de las comunidades lingüísticas.

Aunque los intereses investigadores de Noam Chomsky sean otros, no debe dejar de destacarse este giro teórico en su doctrina sobre el idioma: las comunidades lingüísticas sincrónicas se encuentran fragmentadas en «dialectos». La serie de autores como Weinreich, Hockett, La-

<sup>37</sup> *Curso...*, trad. y adaptación al español por E. Gregores y J. A. Suárez, Buenos Aires, EUDEBA, 1971, pág. 319.

<sup>38</sup> U. Weinreich, *Lenguas en contacto*, trad. esp., Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1974.

<sup>39</sup> W. Labov, *Modelos...*, «Introducción».

<sup>40</sup> N. Chomsky, *El lenguaje y los problemas del conocimiento*, Madrid, Visor, 1981, págs. 11 y sigs.: «Marco de discusión».

bov, Chomsky ahora, etc., ha contribuido asimismo —y a veces no poco— a la consideración de la variabilidad y el cambio del lenguaje.

### 6. *El dialecto literario*

Las diferencias o variabilidades que muestran las lenguas han sido definidas por los estudiosos como «diatópicas», «diastráticas» y «diafásicas»; diferencias diafásicas son aquellas referidas al «estilo» con el que se construye el discurso, es decir, las referidas a la clase o modo de expresividad: un estilo es sin duda el familiar, otro el académico, etc. Esta variabilidad que en todo momento presenta el sistema puede dar lugar al cambio lingüístico si una de las formas innovadoras cobra vigencia en el cuerpo social y se estabiliza por tanto y perdura: la unicidad de sincronía y diacronía resulta patente.

Nosotros proponemos entender la lengua de la literatura, el idioma poético, como una de las variedades diafásicas del hablar: junto al estilo humorístico, familiar, coloquial, técnico, etc., de manifestación lingüística, existe desde luego el literario. Todo enfoque de la lengua literaria ha de hacerse así en el marco de las distintas variedades dialectales del idioma; se dan dialectos geográficos, dialectos socioculturales,... y además de todos ellos el estilo literario de expresarse.

Una visión completa del lenguaje requiere hacer caso de su todo complejo, y de esta manera el «estilo» literario ha de ser enmarcado en el conjunto de los demás estilos diafásicos con los que puede hacer su elocución el hablante.

Cualquier mensaje lingüístico está compuesto no ya sólo de acuerdo con las reglas del idioma, sino según una de sus posibilidades diatópicas, diastráticas y diafásicas; el discurso literario es uno de los estilos diafásicos de expresión.

Caracteriza a la lengua de la literatura su artificio: ya se trate de verso o de prosa nos encontramos siempre ante un decurso particularmente construido; es un error en el que incluso han caído grandes filólogos el de creer que los autores pueden expresarse con naturalidad y llaneza, pues si se analizan bien sus textos se descubrirá enseguida la constricción que los define.

Es cierto el tópico de que la lengua literaria tiende a sacar partido de todas las posibilidades que le permite el sistema idiomático, aunque

por supuesto no puede escapar de él: cuando se escribe fuera de las reglas de la gramática el mensaje empieza a no significar, a no decir nada.

Su constricción o artificio caracteriza por tanto al discurso literario; además hay que decir que posee un sentido literal, pero que no significa verdaderamente lo que dice ese sentido literal: el significado del texto poético es el que precipita del conjunto de sus formas. La obra de arte verbal no significa lo que en primera instancia dice el sucederse de sus palabras, sino que posee otro sentido verdadero que es el que resulta del conjunto de su construcción; la obra poética no denota aquello a lo que a primera vista se refiere, sino que posee el significado que se deriva de su todo completo inventivo, compositivo y elocutivo.

Por dos rasgos al menos caracterizamos el discurso poético: por la suma de sus artificios, y por el significado no inmediato ni lineal que posee, sino más connotativo que denotativo y que resulta del todo de formas de la obra. Al menos estos rasgos dan lugar a la variedad diafásica literaria o «estilo» literario de hablar.

Los códigos idiomáticos consisten en pura dialectalidad interna de acuerdo con los factores geográficos, sociales, etc., y en esa dialectalidad entra el estilo poético: la lengua literaria es pues el dialecto literario, el cual coexiste con el estilo o dialecto humorístico de hablar, el técnico,...<sup>41</sup>.

## 7. Conclusión

En definitiva podemos decir que además de sus otros caracteres, la lengua presenta la de su diferenciación o dialectalidad interna: en rigor no existen por tanto lenguas sino complejos de dialectos, y el sistema de un idioma es realmente un diasistema; esta diferenciación del hablar conduce a su vez al cambio lingüístico, cuando una de las innovaciones se difunde y adquiere vigencia social. **L e n g u a e s d i a s i s t e m a y d i a l e c t a l i d a d i n t e r i o r .**

---

<sup>41</sup> Cf. Francisco Abad, *Curso de Crítica literaria*, Madrid, Editorial de la UNED, 1993: *passim*.